

Redescubrir el patriotismo

José Lacort¹

Resumen: Objetivo: Comprender y desarrollar el afecto hacia la comunidad, y en consecuencia una actitud responsable y creativa hacia ésta. El sentimiento patriótico está muy presente en el cine, a menudo asociado al heroísmo. El héroe se convierte en el paradigma del patriota porque lo da todo, hasta la propia vida, por su pueblo. Desarrollar el afecto por la comunidad, *como una extensión natural del afecto a la familia*, es la oportunidad que nos brinda el sentimiento patriótico de ejercer una actitud responsable y creativa hacia el grupo humano del que por identidad formamos parte, que nos hace tal como somos, al que debemos tanto, y al que podemos aportar mucho. Considerando así la patria como una obra colectiva realizada en beneficio de sus miembros, presentaremos unos ejemplos, en diferentes películas, en los que se pueden identificar algunos de los valores del sentimiento patriótico.

Palabras Clave: Afectividad colectiva. Patriotismo. Herencia. Comunidad. Creatividad colectiva.

Rediscovering patriotism: the generous and creative affection for the community

Abstract: Objective: To understand and develop affection for the community, and thus having a creative and responsible attitude toward it. Patriotic feelings are very present in movies, often associated with heroism. The hero becomes the paradigm of the patriots because he gives everything, even his own life, for his people. Developing affection for the community as a natural extension of family affection, is the opportunity provided by the patriotic feeling to exercise a responsible and creative attitude toward the group's human identity that we are part of, that makes us the way we are, to which we owe so much, and to which we can contribute so much. Considering our country as a collective work done on behalf of its members, we will show some examples in various movies, in which we will identify some of the values attached to patriotism.

Keywords: Collective affectivity. Patriotism. Heritage. Community. Collective creativity.

¿Qué significa patriotismo y cuál es la realidad presente del concepto? ¿Por qué "redescubrir"?

La tendencia actual es, muy a menudo, considerar el patriotismo como algo relativamente anacrónico, bastante irracional. Por otro lado, los enfrentamientos políticos, a menudo de bajísimo nivel intelectual, han venido a parasitar toda discusión en torno al patriotismo, creando confusiones semánticas y aparentes desacuerdos entre personas que, en el fondo, pueden encontrarse en una misma línea de pensamiento. En un ambiente con todas las sensibilidades a flor de piel, las incomprensiones y las improvisaciones hacen necesario un momento de reflexión, de aclaración de conceptos, para iluminar una idea que es, sin duda alguna, un magnífico punto de diálogo y de encuentro.

Sin embargo, tres circunstancias parecen modificar este contexto. La crisis de valores primero, que nos lleva a interrogarnos sobre cómo presentarlos y transmitirlos. En segundo lugar, una crisis económica que, al afectar a todos, nos ha hecho de repente tomar conciencia de que somos una comunidad, sometida a acontecimientos que a todos nos afectan a un tiempo. Finalmente, y el aparente carácter anecdótico no le resta efectos reales, un periodo de éxitos deportivos nacionales.

La presencia simultánea de deportistas españoles en lo más alto de las disciplinas más populares (copas del mundo y de Europa en fútbol y baloncesto, tenis, motociclismo, etc.) parece mantenerse, y con ella se prolonga la manifestación y

¹. Université de Pau et des Pays de l'Adour (Francia). Profesor de la Faculté de Droit, Économie et Gestion de l'UPPA, y del Institut d'Administration des Entreprises (I.A.E.) de Pau, et de l'Institut d'Études Judiciaires (I.E.J.) de l'UPPA. Profesor asociado al Institut d'Études Ibériques et Ibéro-américaines (IE2IA), Université de Pau. jose.lacort@univ-pau.fr.

mediatización de expresiones de patriotismo. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, es como si esa expresión fuese un momento de comunión colectiva, que canaliza un sentir común, pero que parece no poder ir más allá del ámbito deportivo. De hecho, en muchos casos quizá no sepa ir más lejos, pero en ese patriotismo circunstancial hay un fondo indiscutible de emoción, de sentimientos, que a un joven que los expresa con la mayor espontaneidad, por ejemplo, le puede resultar difícil de explicar.

El cine nos brinda una serie de obras que son un material extraordinario para comprender esos sentimientos, darles un verdadero sentido, y canalizarlos también en la vida diaria de manera muy positiva.

En un primer momento es necesario aportar unas propuestas en torno a tres ejes:

- qué entendemos por patriotismo
- explicar la intensa carga afectiva del sentimiento patriótico
- proponer unas pautas para distinguir el nacionalismo agresivo del patriotismo, para que éste sea realmente constructivo, positivo, solidario, y no se deje arrastrar hacia las manipulaciones del nacionalismo, provocador y causante de odios y guerras.

En la definición de *Patria*, lo primero que encontramos es la unión entre un ser humano y una tierra. Esta visión se manifiesta por tres vínculos principales:

- vínculos jurídicos, que establecen una unión de pleno derecho entre el hombre y su patria.
- vínculos históricos, que nos muestran que la unión en su origen puede ser individual, pero se construye en lo colectivo, porque es la historia precisamente de un itinerario colectivo.
- vínculos afectivos, que son los que vamos a explorar gracias a algunas creaciones cinematográficas que nos proponen un acercamiento a toda la riqueza, la generosidad y el potencial creativo de este afecto hacia la comunidad como grupo humano, pero también hacia la obra común.

Patria, en su etimología latina viene a significar *tierra de los padres*. Este sentido nos abre todo un campo semántico, que al fin y al cabo nos va a resultar bastante familiar en nuestro entorno cultural. De todos es conocido el principio de la letra del himno francés "Allons enfants de la Patrie...", así como el lema de la República: Liberté, Égalité, *Fraternité*... En el ámbito de la hispanidad, en los países americanos, España es conocida también como *la Madre Patria*. Podríamos multiplicar los ejemplos, pero todos conducen a establecer un nexo entre las ideas de familia y de patria.

No sorprende a nadie el afecto espontáneo que sentimos hacia nuestra familia, en la que hemos nacido, como una especie de instinto vital. Pero es un hecho que la misma persona que nace en el seno de una familia nace también en una tierra, pero no una tierra desnuda sino una tierra enriquecida por las aportaciones sucesivas de las generaciones de nuestros padres, aportaciones materiales, espirituales, técnicas, culturales... Este es el ámbito en el que encontramos los puntos de referencia de la comunidad humana en la que hemos nacido, y el afecto que podemos sentir por todo ello es, por lo tanto, totalmente natural, y por supuesto legítimo. En este sentido podemos considerar el amor a la comunidad a la que pertenecemos como una prolongación del amor familiar, orientado hacia un grupo humano mucho más extenso.

Para resumir estas consideraciones con la ayuda de dos conceptos, establezcamos que:

- la *patria* es la herencia, el legado de los padres
- la *nación* (de *natus, nascor, nacer*) serían aquellos que comparten esa herencia, la amplían, la transmiten, estableciendo con ella una serie de vínculos, entre ellos algunos profundamente afectivos.

El patriotismo es así, sin duda, una extraordinaria oportunidad para ampliar el círculo afectivo, para construir un nuevo tipo de relación afectiva basada en un *proyecto* y con un *compromiso*, para que se trate de una relación auténtica. Tiene además esto de particular, y es que lo compartimos con muchas personas, con aquellas que sienten y participan de esa dimensión afectiva. Esto nos abre un canal de comunicación inédito: puedo no saber cómo se llama la persona que tengo al lado, pero al darnos cuenta de que compartimos ese sentimiento profundo, el encuentro se produce, y se trata de un encuentro de gran calidad porque tiene ingredientes reconocibles de fraternidad. Si esto es cierto con el compatriota lo es también, en un nivel distinto ciertamente, con los que comparten otro legado, otra herencia distinta. Al sentir ese afecto hacia mi comunidad, hacia la obra común, estoy en disposición, por simple empatía, de comprender perfectamente al que ama a la suya. Es más, si esa disposición se acompaña de una actitud de interés y encuentro, de conocimiento mutuo, de la empatía pasaremos a la simpatía, creando nuevos vínculos afectivos. El amor de lo que nos es propio nos orienta así a respetar, conocer y estimar las identidades y patrias ajenas, lo que deja pocas dudas acerca de la calidad y la justicia de este afecto por nuestra comunidad.

La antítesis de este patriotismo en positivo, abierto, es el nacionalismo, que "*desprecia todo lo que no es suyo, y que si no destruye lo que pertenece al otro intenta apropiárselo*", como escribió Juan Pablo II al arzobispo de Sarajevo el 29 de septiembre de 1993, cuando la ciudad sufría un asedio salvaje.

Algunas consideraciones en torno al concepto de Patria

La idea de la Patria presentada en un primer momento como *tierra de los padres* nos coloca en una línea temporal en la que se van sucediendo las diferentes generaciones, y ello nos lleva a comentar dos ideas centrales: continuidad y herencia.

La Patria, decíamos, es primero un territorio, una tierra que cada generación ha transformado, cultivando la tierra, abriendo caminos tendiendo puentes, construyendo escuelas, catedrales, universidades... en beneficio propio en un primer momento, pero también (y conscientemente) de las generaciones siguientes. Estas realizaciones son por lo tanto obras colectivas, para un servicio y un beneficio colectivo, y se inscriben en la continuidad temporal que evocábamos. La dimensión material de estas realizaciones, al ser tangible, permite identificar con facilidad a los más jóvenes un hilo conductor que está presente también en el legado cultural o en el espiritual. En el concepto de Patria hay una dinámica constante entre los caracteres permanentes en los que se funda la identidad, los elementos ontológicos que constituyen el ser de esa comunidad, por un lado, y los otros elementos, que son las aportaciones sucesivas que el paso y la labor de las generaciones van trayendo, y que se van amoldando (y acaso modificando en cierta medida, y esto es importante para la creatividad del sentimiento patriótico) sobre la base original. La patria es así un *continuum*, con unos elementos constantes que le dan coherencia y permanencia, creando así una identidad común, y la emoción, el genio y la creatividad de cada generación sucesiva que viene a construir para ampliar la herencia.

En esta breve aproximación, conviene añadir un elemento fundamental: el conocimiento de la herencia recibida, y los valores que posee y transmite. Es indispensable *conocer* y *comprender* la generosidad, la cultura, las realizaciones o la

espiritualidad de las generaciones que nos han precedido, y con las que compartimos identidad. Indispensable también desde el punto de vista afectivo, en lo que se refiere al sentimiento hacia la patria y la nación, porque para que este afecto tenga toda su sentido y potencialidad debe ser inteligente y culto. De lo contrario no pasará de ser anecdótico: una alegría transitoria en un evento deportivo, una emoción incomprendida.

El cine, como señalábamos, nos ofrece secuencias que ilustran una serie de modelos que nos permiten presentar este patriotismo culto y abierto en toda su dimensión afectiva, y constituyen así un material de trabajo lleno de posibilidades. Las tres películas que proponemos en esta aproximación son *Sophie Scholl*, *Valkiria* e *Invictus*.

Las dos primeras permitirán trabajar especialmente la preservación de la herencia recibida, la responsabilidad de mantener los mejores valores de una nación, en un ejercicio de compromiso ejemplar por parte de los protagonistas. Tanto *Sophie Scholl* como *Valkiria* tratan de episodios reales en los que alemanes, civiles o militares, se opusieron al régimen nazi arriesgando sus vidas. Si el contexto es el mismo, aun tratado desde perspectivas distintas, es porque se distingue perfectamente la diferencia entre un nacionalismo terriblemente agresivo, y el patriotismo auténtico de unos miembros de ese mismo pueblo, comprometidos con unos valores a los que no se debe renunciar.

En el caso de *Invictus* asistimos a la formación de una nueva nación, y a los resortes afectivos del proceso, en el que podremos ver cómo la apertura al diferente, la solidaridad en una causa común, pueden construir el ser de un pueblo.



Sophie Scholl (Marc Rothemund, 2005)

Interrogatorio de Sophie por un inspector de policía

Al principio, el investigador pone a prueba a Sophie señalándole lo que él cree una contradicción entre su obediencia a la Iglesia y su negativa a aceptar la disciplina del régimen nazi. La respuesta de Sophie es corta e inapelable: *"En la Iglesia somos libres"*. Por lo tanto toda actuación es fruto de una decisión libre y razonada, un ejercicio de sentido crítico. Frente a esto, la obediencia al pensamiento único y excluyente del nazismo, que niega toda libertad, es un acto acrítico, deshumanizante, y propio de esclavos. El policía, superado, va a poner las cartas sobre la mesa, y lo va a hacer en dos tiempos:

En un primer momento nos revela una visión muy corta a propósito de la juventud: *"Con lo joven que es usted, ¿cómo es que corre tantos riesgos?"* Para el agente, la juventud no es momento de tomas de posición, sino de conformismo y obediencia.

La réplica de Sophie vuelve a ser brevísima y contundente: *"Por mi conciencia"*. El encadenamiento de procesos se presenta de manera clara: soy libre, reflexiono, tengo una conciencia, unos valores, pertenezco a un pueblo, y *por lo tanto* actúo. Sophie no se conforma con no ser nazi. Si tuviera una actitud individualista podría decir: *"Para mí sería fácil ser nazi, posiblemente obtendría ventajas. Pero no, soy inteligente, reflexiono, y no soy nazi. Y mi mérito está en no serlo"*. Sin embargo Sophie no se queda en una actitud individualista, actúa a escala colectiva y se compromete por la comunidad.

El segundo tiempo en el que, de algún modo, el policía se rinde ante Sophie es cuando le dice *"Con el talento que usted tiene, no puedo creer que no sienta el ideario nacionalsocialista"*. El agente percibe la grandeza de la actitud de Sophie, la percibe pero no la entiende. Él forma parte de esa masa acrítica, irresponsable, hipnotizada, y no comprende que Sophie no se haya dejado arrastrar a la fascinación por el nazismo. La respuesta de Sophie vuelve a ser directísima, y clarividente porque va a clavarse en el núcleo del problema, esa fascinación por una ideología salvaje: *"¿Es que no ha despertado todavía...?"* Evidentemente, al dirigirse al agente interpela también a los alemanes, a sus compatriotas, hipnotizados por las ideas y por la propaganda nazi. Al hacerlo argumenta, justifica, y de manera breve e inteligente le señala que el nazismo, a pesar de sus discursos pretendidamente liberadores, a pesar de evocar constantemente el honor de la nación, ha arrastrado a todo el continente, y en particular a Alemania, a una tormenta de sangre y fuego. Baste recordar que, en esos momentos, la población alemana estaba descubriendo las dimensiones del desastre sufrido en Stalingrado, con sus decenas de miles de muertos, mientras soportaba los cada vez más frecuentes y atroces bombardeos aliados. Así, de manera inteligente y profundamente comprometida, Sophie destapa el fraude del nazismo: *"Nos prometió a los alemanes libertad y honor, cuando manifiestamente no era sino odio y destrucción, que es a lo que asistimos y lo que sufrimos"*. *"¿Es que no ha despertado todavía...?"*

En su línea de compromiso colectivo, para Sophie hay una misión que recae en la juventud alemana: salvar el honor de su país, acabar con el poder nazi para que Alemania no quede deshonrada. *"Nuestro país quedará deshonrado si la juventud no derroca a Hitler, y ayuda a que se alcance una gran Europa intelectual"*. Sophie va más allá del resultado de la guerra para su país, lo que se marca como deber y misión, para ella y para su generación, es salvar el alma de Alemania, su núcleo cultural espiritual. Si Alemania se deshonra, su devenir histórico se detiene, si el pueblo se deshonra deja de ser lo que es, ya no será ese pueblo que ha ido acumulando, a lo largo de los siglos, cultura y conocimiento. Sophie lo tiene claro, los depositarios de esos siglos de cultura, de lo que los alemanes han creado como pueblo, son los jóvenes, y en especial los estudiantes, como herederos y como responsables del legado de las generaciones precedentes y de un recorrido histórico. El sentido de la misión de derrocar a Hitler es detener la locura nazi, su odio y su destrucción, y alcanzar por el contrario una gran Europa intelectual. En definitiva, derrotar el nacionalismo salvaje de los nazis (nacionalismo extremo, ya que basado en un delirio racista), y construir un continente en el que los pueblos se respeten y se encuentren en el terreno de la inteligencia.

Confrontación, durante el juicio, entre el juez Freisler y Sophie

"Mi hermano y yo hemos intentado abrirle los ojos a la gente con las octavillas, y acabar con el baño de sangre que se está infringiendo a los judíos y a otros pueblos antes de que los aliados acaben con nosotros".

A pesar del miedo que manifiestamente sufre Sophie, porque ella, su hermano y amigos se enfrentan a la pena de muerte, lanza la siguiente pregunta al juez Freisler como un desafío: *"¿Quiere que la historia nos tache de pueblo más odiado de la Humanidad?"*.

El registro aquí es diferente, si lo comparamos al de la escena con el policía, porque es un registro afectivo, puesto que viene a preguntar a Freisler si no le duele que los alemanes vayan a ser el pueblo más odiado. Lo que revela dos cosas:

- Por un lado el profundo amor de Sophie por su propio pueblo. En su propio juicio, atenazada por el miedo, no puede menos que manifestar su dolor porque sus compatriotas, su nación, vayan a convertirse en un pueblo odiado.

- Por otro lado, en el mismo contexto, Sophie tiene en cuenta y respeta a los otros pueblos. Primero intentando acabar, aun con sus limitados medios, con la destrucción que la Alemania nazi les impone. Pero también porque se ve reflejada en la mirada de otros pueblos, porque tiene en cuenta lo que podrían ser sus sentimientos, y el odio indudable que las demás naciones sentirán por Alemania a causa de la locura nazi. Ésta queda perfectamente representada por el juez Freisler, quintaesencia del nacionalista, que responde que a un "pueblo superior" no le importan los sentimientos que el resto de la humanidad pueda sentir hacia él.

Sophie Scholl, al tener una concepción culta de su patria alemana, al comprender sus propios sentimientos hacia ella, es perfectamente capaz de proyectarse en los otros pueblos europeos, a los que percibe como un alter-ego, y por los que (yendo más allá de la empatía) llega hasta la *simpatía* porque se trata de compartir una tarea común, la de construir una "Europa intelectual", a partir de la herencia, el patrimonio y la creatividad de cada pueblo.



Valkiria (Bryan Singer, 2008)

Escena 1: El coronel Von Stauffenberg (Tom Cruise), evacuado del frente donde resultó gravemente herido, acaba de imponer unas medallas a los heridos en un hospital. Al anoecer, mantiene un breve encuentro con otro militar en una catedral de la que descubrimos, al final de la secuencia, que ha quedado a cielo abierto a causa de los bombardeos.

"Soy un oficial, sirvo a mi país, pero este no es mi país. Estaba allí tirado, desangrándome, sabiendo que si moría no dejaría a mis hijos más que vergüenza. Ahora sé que sólo hay un modo de servir a Alemania. Al servirla me convertiré en traidor, pero lo acepto". (...)
"¿Sabe lo que les ocurrirá a mi mujer y a mis hijos si esos hombres no se comprometen hasta el fin?"

La imagen del final de la secuencia, la catedral a cielo abierto por la destrucción de la guerra, tiene muchísima fuerza porque es una metáfora de lo que atraviesa Alemania durante el nazismo: la destrucción de su espiritualidad, de su cultura, de la obra de las generaciones anteriores. Una catedral representa una obra colectiva, por la que un pueblo materializa y eleva su espiritualidad. Es una obra de fe, pero también una creación arquitectónica donde se aplican los mejores recursos técnicos, todo el saber científico de determinado momento. Es además una creación colectiva que sigue viva, en la que la vida espiritual de un pueblo se manifiesta como el primer día. Un ejemplo vivo del patrimonio que se van legando las diferentes generaciones, y que en este caso se ve herido de muerte.

En ese ambiente especial, cargado de sentido, podemos penetrar en los sentimientos de Von Stauffenberg. Éste es un ejemplo muy claro de cómo el afecto por la comunidad, por su pueblo, debe ser un amor apoyado en la inteligencia y en la

reflexión. En él podemos apreciar que el verdadero patriotismo no es irracional, sino todo lo contrario: el ejercicio del sentido crítico, y el buen juicio, son elementos indispensables.

Von Stauffenberg es un oficial en situación de guerra. Su deber consiste por tanto en defender a su país con esfuerzo, disciplina y lealtad. Y lo hace, puesto que es gravemente herido en el frente. Ahora bien, poseedor de unos valores colectivos, *patrióticos*, sabiéndose depositario de ellos, es *consciente* de que Alemania no puede, no debe, ser nazi. En este punto se le abren dos caminos:

1. Seguir esforzándose al máximo como militar, con lealtad y disciplina hacia su mando. A fin de cuentas, es lo que se espera de él como oficial alemán. En esta primera aproximación superficial podría satisfacer, al menos en apariencia, su deber de alemán. Ahora bien, ¿defender qué? ¿realmente está defendiendo a Alemania?

2. El segundo camino es más exigente porque, abordando la cuestión con sentido crítico e inteligencia, se da cuenta de que la Alemania nazi *no es* Alemania. Von Stauffenberg ama a su pueblo, a su nación y a su patria, pero no encuentra ni reconoce al destinatario de su amor ("*Soy un oficial, sirvo a mi país, pero este no es mi país...*").

No sólo no reconoce a Alemania, sino que lo que ve le produce vergüenza, una sensación que siente especialmente en el momento del sacrificio, malherido en el frente ("*Sabiendo que si moría no dejaría a mis hijos más que vergüenza*"), enfrentándose al drama de que su sacrificio no tiene sentido. Al mismo tiempo, piensa en sus hijos, que es lo natural en un hombre herido que afronta una muerte inminente, y en este punto podemos detectar dos niveles:

- El nivel familiar del hombre, que ama a sus hijos, y que a punto de morir se pregunta "*¿Qué legado les voy a dejar?*" Si mantiene su acción como hasta ese momento, limitada a una actitud que para él ya sería meramente formal (puesto que ha descubierto que no tiene sentido), dejaría que el desastre siguiera su curso y que el horror tuviera la última palabra. Por lo tanto, a los hijos no les dejaría, efectivamente, más que vergüenza, que es algo que se le hace insoportable. Pero es que, además, Von Stauffenberg va más allá de su círculo familiar, prolonga su amor, lo extiende a su nación. Y llegamos al segundo nivel.

- La dimensión patriótica del hombre, en la que el amor por sus hijos, el afecto por la familia, se extiende al conjunto de la nación, y en esta perspectiva podemos interpretar que sus *hijos* son también, colectivamente, las próximas generaciones, por lo que su deber se transforma en una acción de carácter colectivo.

Efectivamente, el compromiso de Von Stauffenberg con su comunidad va a ser total, puesto que va a exponerlo a dos posibles desgarros gravísimos. Primero, en caso de fracaso, su propia familia se expone a las peores represalias. En segundo lugar, en un plano individual, al rebelarse contra el poder nazi siendo militar se convierte técnicamente en un traidor, puesto que por un lado rompe su juramento de fidelidad a Hitler (obligatorio para todo soldado alemán), y por otro se dispone a matar a su propio jefe militar en tiempo de guerra. Sin embargo, en un ejercicio sin duda difícil de sentido crítico, como decíamos, aprecia que el auténtico enemigo de Alemania es el propio nazismo. Traicionar al poder nazi no es por tanto traicionar a Alemania, sino servirla. Von Stauffenberg no basa su decisión en consideraciones o análisis en torno al tiranicidio, o la resistencia justificada contra un poder inmoral, sino que la basa en el amor por su pueblo, en la auténtica identidad de su patria. Y para esto, y especialmente en sus circunstancias, es necesario tener una idea muy clara, muy culta, muy inteligente y también espiritual de su propia nación. Podría ser

un héroe del frente, uno más al fin y al cabo, pero elige un camino mucho más exigente siendo fiel al amor que siente por su pueblo.

Escena 2: Von Stauffenberg mantiene un breve diálogo con otro militar (Kenneth Branagh), durante el que éste le confía: *"Sólo importa que actuemos, ahora, antes de perder la guerra. De otro modo esta será siempre la Alemania de Hitler. Tenemos que demostrar al mundo que no todos éramos como él"*.

Este militar, general, es consciente de que van a perder la guerra, lo señala con clarividencia prácticamente un año antes de que el final se produzca. Se le abren, a él y a sus compañeros, dos posibilidades:

- Esperar el final de la contienda, porque el nazismo será destruido por los aliados.

- Imponerse un deber moral, fruto de un análisis inteligente de la situación: si los auténticos alemanes, los que son conscientes de los verdaderos valores de su comunidad no actúan, no alzan la voz, el nazismo perderá la guerra, será efectivamente destruido, pero sus anti-valores se habrán impuesto. Alemania quedará marcada como el pueblo que detuvo su devenir histórico, se negó a sí mismo, y se transformó en un foco de odio. Cuando este militar señala *"Sólo importa que actuemos"* o *"Tenemos que demostrar al mundo"*, establece una obligación colectiva para los que son *conscientes* de la verdadera identidad alemana. El no actuar abandonaría el ser de Alemania a la barbarie nazi, que ella sí actuaba de la manera más inhumana. En tales circunstancias no hacer es renunciar, desaparecer. Este compañero de Von Stauffenberg tiene la seguridad de que no cabrá presentarse después de la derrota de los nazis para afirmar *"Soy un auténtico alemán, un depositario de los valores de mi pueblo"*, puesto que sabe que la respuesta sería feroz y exacta: esos valores desaparecieron, murieron, puesto que el pueblo alemán rompió con ellos, con su herencia, y se hizo nazi. Este análisis le conduce al reconocimiento del deber moral, y así como en Von Stauffenberg hemos visto el compromiso profundo de una persona, en el caso de su compañero este compromiso se adquiere en una perspectiva colectiva.

En estas secuencias tenemos una transición que va del compromiso individual de Stauffenberg (por su pueblo, claro está, pero centrado en su persona), a una visión del deber moral de un pueblo.

Aquí tenemos un ejemplo que nos puede ayudar a transmitir que el amor, el afecto que sentimos por nuestra comunidad, debe hacernos reconocer que la comunidad, la nación, también tiene unos deberes, unos compromisos morales. Que más allá del compromiso personal de cada uno, al ser miembros de un pueblo compartimos y participamos en un deber colectivo, por ser lo que somos, en definitiva.

Nos recuerda, por otro lado, que lo colectivo no se limita a ser la suma de una serie de individualidades (sería así imprevisible, relativo por naturaleza), sino que tiene sus propios valores, que hay que conocer, que hay que atender y seguir construyendo.



Invictus (Clint Eastwood, 2009)

Escena 1: Mandela se dirige a los funcionarios blancos de la Presidencia.

Nelson Mandela acaba de convertirse en el nuevo presidente de la República de Suráfrica. En las oficinas de la presidencia, los funcionarios blancos preparan sus pertenencias con el convencimiento de que van a ser despedidos. Manifiestamente

creen que la llegada de los sudafricanos negros al poder político, después de los años de Apartheid, va a provocar un revanchismo inmediato. Que siga así aplicándose la ley del más fuerte, y que se prolongue un enfrentamiento basado en criterios tan superficiales como el color de la piel, o el uso de determinada lengua.

Mandela les saluda en afrikáner al llegar, y directamente niega que esos elementos, la lengua o el color de la piel, constituyan por sí mismos señas de identidad diferenciadora. Desmonta así la idea de dos comunidades enfrentadas, y les viene a decir que *no son diferentes*. Han vivido separados, de espaldas, generación tras generación sobre la misma tierra, creando un *continuum* colectivo cada uno por su lado, pero eso es algo que realmente no tenía sentido. Si han vivido juntos, si han compartido la tierra, si, finalmente, no son diferentes... lo que tiene más sentido es asumir juntos un solo país, y a partir de los aportes de cada uno, formar una gran nación.

Mandela solicita la *ayuda* de los funcionarios blancos, "*Les necesitamos, les queremos*", y a partir de ahí les propone un proyecto: "*Estarán haciendo un gran servicio a su país*".

El país que propone Mandela parte de bases totalmente nuevas, puesto que supera enfrentamientos, se apoya en el perdón, y propone un proyecto. Es interesante señalar que Mandela no presenta la superación de las diferencias como una decisión arbitraria (y por lo tanto eventualmente reversible), sino como el resultado de un análisis de la realidad: lo que hasta entonces se había considerado como elementos profundamente diferenciadores, como el color de la piel, en *realidad* no lo son, por lo tanto quedan esas otras realidades que son las que hacen evidente un proyecto colectivo, que no es otro que el de una patria común: "*Si lo hacemos, nuestro país servirá de inspiración para el mundo entero*".

Las bases de este proyecto común, el perdón, y un análisis inteligente y valiente de la realidad, se convierten en una constante de la primera parte de la película *Invictus*. Es interesante verlos también en la secuencia donde el jefe de los escoltas negros de Mandela descubre indignado que el equipo pasa a ser mixto, con agentes afrikáners, sus más duros enemigos hasta entonces. Mandela se lo deja muy claro: primero, hay que construir nuestra nación sobre el perdón; segundo, en su trabajo son los mejores.

Escena 2: Mandela paraliza la prohibición del equipo de Rugby:

El proceso unificador no se hace sin resistencias. En una reunión de la nueva administración se decide la desaparición del equipo nacional de rugby, los Springboks, considerado un símbolo de la opresión blanca. Mandela se presenta rápidamente en el lugar de la reunión para obligar a los presentes a reconsiderar la decisión.

El tono de Mandela es totalmente distinto: si en las secuencias precedentes era paternal, ahora se dirige a los militantes de su partido como un jefe, para decirles que desde ese momento negros y blancos son compañeros, son compatriotas, y que lejos de suprimir los símbolos o herencias de cada uno, deben todos considerar como propio el patrimonio del otro grupo. Les pide más que respeto, les pide que asuman las ilusiones del antiguo enemigo como ilusiones propias, con el fin de crear un gran patrimonio común. Y será el recorrido del equipo de rugby a lo largo del campeonato del mundo el que actuará como catalizador para que el antiguo símbolo de opresión sea compartido por todos. De hecho, la victoria en la final del campeonato, del que además Sudáfrica es anfitriona, servirá para crear una auténtica emoción patriótica, porque ese equipo representa ya a un solo pueblo. Así, a medida que la película avanza y que estas bases se dan por adquiridas, se establece un ritmo ternario, pues al aceptar la idea de una patria común, los dos grupos van a:

- descubrirse

- conocerse

- quererse

Las secuencias que siguen este ritmo se van multiplicando, en las casas, en el estadio, en las calles. El mejor ejemplo es quizá el del niño negro que, en las afueras del estadio, intenta escuchar la retransmisión del partido en la radio de un coche patrulla con dos policías blancos. Al principio éstos lo echan, siguiendo viejos reflejos, pero a medida que la emoción aumenta aceptan que se acerque, comparten el mismo espacio y los mismos nervios, y cuando la victoria se produce el mismo júbilo estalla en los tres, que se funden en un abrazo, en el que el mismo policía que antes rechazaba al niño negro, ahora lo alza en sus brazos celebrando la victoria de todos. Una vez más el ritmo en tres tiempos: te veo, comparto, te quiero.

El perdón y la apertura al diferente crean la solidaridad. La superación de los enfrentamientos la creatividad, puesto que crean un solo pueblo, fundiendo sus símbolos y emociones. Compartir esas emociones les llevará a la afectividad, gracias al camino recorrido y a una causa común, convirtiéndolos así en compatriotas.

En las tres películas que proponemos para descubrir la dimensión afectiva del patriotismo, hemos tenido la oportunidad de descubrir unos modelos en los que podemos apreciar la riqueza y calidad del amor por una comunidad, por la conciencia de su responsabilidad y por la calidad de su compromiso. Un afecto que es también un catalizador para la superación de enfrentamientos, siendo ese sentimiento la ocasión de aceptar al otro tal y como es, permitiendo así una gran creatividad colectiva. En todos los casos, un afecto que, si bien es natural y legítimo, para tener toda su autenticidad debe ser también, como en los ejemplos que hemos visto, inteligente, culto y espiritual.

Recebido para publicação em 20-02-12; aceito em 20-03-12